

"El Vicario"

Eres diversos momentos de un fraude

cuya importancia no hace sino aumentar conforme van pasando los años. Pero hemos de confesar que oponer la admiración y el amor al odio y a la calumnia, ni desvirtúan el odio ni deshacen la calumnia. En toda esta cuestión debemos ir al toro por los cuernos, hay que enfrentarse directamente con "El Vicario" de Hochhuth. Y dejar a un lado motivos ciertos pero emocionales que para nada tocan el meollo de la cuestión. Hoy nos complacemos profundamente en contribuir con nuestro grano de arena a la defensa del Papa más importante del siglo XX, Pío XII, el hombre de Dios que puso los cimientos doctrinales solidísimos a ese enorme edificio esperanzador del que Juan XXIII levantó los tabiques y le está tocando coronar a Pablo VI.

Juan José Coy, S. J.

I. Fraude filosófico

Como es sabido, toda la obra de Hochhuth gira alrededor de la tesis de que Pío XII tuvo parte fundamental en la masacre nazi de judíos. Si Pío XII —se dice— hubiera hablado enérgicamente contra los atropellos nazis, los judíos podrían haber sido salvados. Y a partir de esa tesis —hipótesis, mejor dicho— que el autor ni quiere ni puede probar, Hochhuth entretiene una serie infinita de calumnias, de acusaciones gratuitas y de afirmaciones inconsistentes. Pues ese tinglado que Hochhuth levanta carece de una base filosófica e histórica sólida. En buenos términos escolásticos estamos ante una petición de principio de trescientas sesenta páginas, más un prólogo y un epílogo. En la "petición de principio" —dicen los manuales— se da implícitamente por demostrado lo que se debía demostrar. Es decir, se juega con la ingenuidad del presunto lector. Es

significativo el enorme cúmulo de textos históricos que el autor presenta en "El Vicario". Acopio impresionante que no está más que disfrazando la imposibilidad física, metafísica y moral del autor por demostrar lo que pretendía, es decir, que si Pío XII hubiera hablado, Hitler se habría atemorizado. Lo cual no deja de resultar gracioso. Pues la cólera de un Pontífice se supone que habría de pesar más que las divisiones rusas, la Resistencia francesa, la Gran Bretaña y su enorme imperio colonial, y el oro de los Estados Unidos de Norteamérica. Y todos sabemos que ese enorme conjunto de fuerzas no logró amedrentar al Führer. Repetimos: todos los documentos históricos que el autor presenta no están más que disfrazando la hipótesis, dándole una aparente solidez histórica que en realidad está muy lejos de tener. Decir que Pío XII hubiera podido hacer variar el destino de los judíos es tan indemostrable como asegurar que sin Lepanto el Islam sería hoy dueño de Europa o que sin la hecatombe de Hátin en el verano de 1187 los Cruzados hubieran consolidado su dominio en Tierra Santa. Son hechos históricos irreversibles. Y asegurar lo contrario jamás podría llegar a ser un hecho cierto e irrefutable. Por tanto, la tesis de "El Vicario" es absolutamente indemostrable en buena lógica.

Por otra parte, la experiencia nos enseña que Hochhuth es del todo tendencioso en su interpretación de los hechos. La Iglesia ha condenado el divorcio repetidas veces. ¿Y quién hace caso? La Iglesia condena la esterilización humana por enfermedad mental o cualesquiera otras causas. Y en el Estado de Virginia es legal, en determinados casos, semejante esterilización. La Iglesia condena el control artificial de la natalidad. ¿Influyen para algo estas condenaciones en la conducta de los no católicos y desgraciadamente también en la conducta de muchos ca-

"El Vicario" de Rolf Hochhuth sigue propagándose al amparo del sensacionalismo y el escándalo. Han sido numerosas las voces, en revistas y periódicos, que se han levantado contra la falsedad y el embuste haciendo el elogio encendido del gran Pontífice de la paz, Pío XII. Compartimos, desde luego, las opiniones y sentimientos de admiración por este gran Papa Pacelli

tólicos? La Iglesia condena la segregación racial. Y todos sabemos lo que pasa en Africa del Sur y en los Estados Unidos de Nortamérica.

Por más que se esfuerce, Rolf Hochhuth jamás podrá llegar a demostrar de modo palmario que si Pío XII hubiera hablado contra los linchamientos nazis, con más énfasis del que ya utilizó, Hitler se hubiera doblegado como un manso cordero. Es muy fácil hablar a vista de acontecimientos posteriores. Quizá si Pío XII hubiera roto abiertamente con el caudillo alemán y de ahí se hubieran derivado represalias brutales —cosa no tan ajena al espíritu nazi, después de todo—, hoy “El Vicario”, de Rolf Hochhuth tendría como tesis fundamental que la imprudencia y el intervencionismo de un Papa costaron la vida a seis millones de judíos.

II. Fraude literario

Hay obras tendenciosas desde un punto de vista religioso, político, moral o filosófico, pero de una innegable calidad artística. El “Cándido”, de Voltaire, o “Esperando a Godot”, de Beckett, o el “Ornifle”, de Jean Anouilh. Incluso numerosos dramas de Jean Paul Sartre. En todos estos casos, a contenidos discutibles y discutidos se une a veces una forma artística felicísima que salva siquiera desde un determinado punto de vista la creación de que se trate.

“El Vicario”, de Hochhuth, es un fraude filosófico e histórico, como acabamos de comprobar. Y un fraude sin paliativos, aun desde el punto de vista meramente dramático. Hay tres aspectos fundamentales en cualquier drama que se respete. El primero lo constituyen los personajes. El segundo, la acción. El tercero, el diálogo. No en balde se llama drama a “la representación de acciones por medio de personajes que hablan y actúan ante un público congregado en el teatro”.

Vamos con los personajes de “El Vicario”. Decía Ortega y Gasset que “el imperativo de la novela es la autopsia. Nada de describirnos lo que un personaje es. Hace falta que lo veamos.” Esto, que a juicio de Ortega es fundamental en la novela moderna, lo es mucho más en el drama, por su misma defi-

nición. Pues bien, nada menos que cuarenta y nueve páginas de “El Vicario” están dedicadas a la descripción minuciosa de los personajes. Se nos dice quiénes son, cuál su psicología y su temperamento, con qué antecedentes históricos se nos presentan. Error capital desde el punto de vista dramático. Los personajes, en las tablas, resultan desnutridos y anémicos, sin el reconfortante copiosísimo que Hochhuth les dosifica en su obra escrita. Aparte de esta deficiencia fundamental, hay que decir que algunos de ellos, aun con el correspondiente carnet de identidad con que el autor les provee, resultan falsos, artificiales, estereotipados. El Cardenal, e incluso la pintura que se nos hace de Pío XII, el Conde Fontana y el doctor de Auschwitz, todos ellos rezuman folklorismo barato por los cuatro costados y están demostrando bien a las claras su procedencia libresca, nunca vital. Recuerdan, dicho sea de paso, a esos muñecos ambulantes que pululan por “La marea”, la peor novela de José María Gironella.

El segundo elemento fundamental del drama es la acción. Digamos en términos tradicionales, el planteo, el nudo y el desenlace. Esto de los términos es lo de menos, desde luego. Pero este esquema dinámico que el drama presenta es susceptible de ser encontrado en cualquier obra medianamente valiosa. Aun en obras vanguardistas que se precian del olvido total de recursos técnicos tradicionales, este dinamismo dramático resulta ineludible. Con infinidad de variantes, eso sí. Pero siempre latente, de un modo u otro. También en este segundo aspecto “El Vicario” es una obra deficiente. Ya en la primera escena, en la Nunciatura de Berlín, un atardecer de agosto de 1942, se lanza categóricamente la acusación. La misma acusación se va machaconamente repitiendo a lo largo de toda la obra. Y culmina en el melodrama con que “El Vicario” se cierra: las escenas escalofriantes, reconstruidas a base de imaginación, en uno de los más famosos campos de la muerte. Esta reiteración insistente, esta pésima construcción dramática, dijérase que están tratando de emular las técnicas publicitarias que hoy nos avasallan. Ya que no por la fuerza lógica de los argumentos, conenzamos por la insistencia y el

martilleo psicológico sobre los presuntos compradores, que en este caso son espectadores. Ya que el contenido intelectual de “El Vicario” es falso, el autor, por lo visto, se propone convencernos con poco menos que un lavado de cerebro. Quien tiene razón, no grita.

Y, por fin, el diálogo. El diálogo de “El Vicario” es pesado, apelmazado, falto de la más mínima agilidad dramática requerida. Monólogos de páginas y más páginas, siempre maniáticamente alrededor del mismo tema. Sin el escape poético que hace de este recurso dramático del monólogo interior un recurso artístico de primer orden en las manos, o en la pluma, de hombres como Eugenio O'Neill o Jean Giraudoux, Edward Albee o Agustín de Foxá.

Con semejante diálogo, con tales personajes y con una falta tal de dramatismo, cualquiera podrá imaginar lo que desde el punto de vista literario es “El Vicario”, de Rolf Hochhuth. Sencillamente, un fraude.

III. Fraude propagandístico

Rolf Hochhuth era un desconocido antes de la publicación de su obra. Y cuando la polvareda que “El Vicario” ha levantado se apacigüe —porque el tiempo lo apacigua todo—, Rolf Hochhuth será simplemente recordado como es recordado el asesinato de Lee Harvey Oswald, el triste suicidio de Marilyn Monroe o las hazañas del Doctor Ward y Christine Keeler. Un escándalo más, una crónica sensacionalista más. De esas crónicas en las que son especialistas determinada clase de personas y que hacen aumentar el número de ediciones diarias de ciertos rotativos o la difusión de cierto tipo de droga. Nada más. Y cuando esta miopía actual se disipe con la lente bienhechora de la distancia, seremos capaces de comprender sin lugar a dudas la escasísima calidad literaria de “El Vicario”, su absoluta falta de fundamentación lógica y su desagradable e inicuo matiz denigratorio. Mientras tanto, dejemos que “El Vicario” se siga propagando al amparo del sensacionalismo y el escándalo. Al amparo de la falta auténtica de sentido crítico, que es una de las peores pestes que pueden aquejar al hombre.